

Tejero, al entrar

## «En nombre del capitán general Miláns del Bosch...»

MADRID (Carlos Dávila). A las nueve de la noche los pocos periodistas que todavía se encontraban en la tribuna de Prensa fueron invitados a abandonar el edificio del Congreso por un número de la Guardia Civil que dijo cumplir órdenes superiores. En la puerta del palacio fuerzas de este Cuerpo controlaban la credencial parlamentaria y el carné de Identidad de cada uno de los informadores que salían a la Carrera de San Jerónimo. El secretario de Estado para la Sanidad, doctor Varela Uña, que acompañaba a la esposa del ministro de Sanidad, no pudo abandonar el Congreso. A los periodistas se les informaba que podían recoger sus coches particulares y dirigirse a sus casas, pero «de dos en dos». La Carrera de San Jerónimo estaba tomada por fuerzas de la Policía Nacional y de la Guardia Civil. En la plaza Neptuno, con menor iluminación de la habitual, algunas personas trataban de conocer los hechos, al tiempo que con pequeños transistores escuchaban los noticieros de diferentes emisoras.

Los periodistas desalojados eran los últimos que habían permanecido en el Parlamento. Casi todos ellos ocupaban sus lugares de costumbre en la tribuna situada en el lado izquierdo del hemiciclo, cuando aproximadamente a las seis veinte de la tarde, y en el momento en que el secretario centrista Manuel Núñez a que emitiera su voto, irrumpieron en el Palacio fuerzas de la Guardia Civil, aparentemente al mando del teniente coronel Tejero, que encabezaba la tropa. Al traspasar la puerta giratoria que conduce al pasillo principal del hemiciclo, el militar lanzó un grito que no se pudo entender perfectamente, pero cuyas primeras palabras fueron: «En nombre del capitán general Miláns del Bosch...» Rápidamente las fuerzas de la Guardia Civil ordenaron a todos los presentes, pocos en aquel momento, que se tumbaran en el suelo. Sonó entonces un disparo, que, al parecer, rebotó en el techo de la pequeña saleta contigua al pasillo central en la que en esos instantes veían la televisión los escoltas de los ministros que habían entrado en la sala. Todos ellos, empezando por el jefe de Seguridad del Congreso de los Diputados, fueron desarmados. Algunos se presentaron a los oficiales que acompañaban al teniente coronel Tejero,

y, según parece, se incorporaron a las fuerzas que habían tomado el Congreso de los Diputados.

Más de media hora permanecieron tumbados en el suelo todas las personas que habían sido sorprendidas por la irrupción de la Guardia Civil. En un cierto momento, un número de este Cuerpo se acercó al lugar en el que se encontraba un redactor de ABC, y le dijo: «Ya puede sentarse. Aquí no pasa nada.» El periodista le preguntó de qué se trataba y el guardia civil respondió textualmente: «Se lo puede imaginar, ¿no?» A continuación, un policía de paisano, pero con el arma reglamentaria, ordenó a todos los presentes que se identificaran, y dijo: «Los periodistas que se quieran marchar, que se vayan. Los demás, arriba.»

Arriba, era la Sala de Prensa, lugar desde el que, media hora después, se pudo observar cómo un capitán se dirigió al teniente general Gutiérrez Mellado y al líder de la oposición, Felipe González, y les pidió que le acompañaran. Un minuto más tarde hizo lo propio con Alfonso Guerra y el secretario general del Partido Comunista, Santiago Carrillo. Guerra caminaba despacio detrás del ca-

## Carrillo, Felipe González, Alfonso Guerra y Rodríguez Sahagún fueron trasladados a otras dependencias

pitán y con las manos en los bolsillos. Finalmente era Rodríguez Sahagún el que salía tras los pasos del oficial de la Guardia Civil.

En el hemiciclo reinaba la confusión. Algunos diputados, tímidamente, comenzaban a hablar. En un cierto momento entró —ya lo había hecho antes en diversas ocasiones— el teniente coronel Tejero y ordenó silencio. El diputado socialista Vida Soria pidió permiso para incorporarse a su escaño. Minutos después de la irrupción de las fuerzas de la Guardia Civil, había entrado en el Palacio del Congreso el presidente del Consejo de Estado, Antonio Jiménez Blanco, que escuchó desde su coche por la Cadena SER la narración que el periodista hacía en directo de la toma del hemiciclo. Jiménez Blanco, que se situó en las escaleras al lado del lugar que solía ocupar cuando era portavoz del Grupo Parlamentario Centrista, dio la mano a Felipe González, Rodríguez Sahagún, Gutiérrez Mellado y Alfonso Guerra cuando éstos abandonaban la sala central del Palacio.

Algunos minutos después de que los números de la Guardia Civil que había ocupado el Congreso hiciesen abandonar el hemiciclo a estas personalidades los diputados pudieron oír claramente algunos gritos de distinto carácter político. Se oyó «Arriba España» y también una tímida voz que daba vivas a la democracia. En este preciso instante el guardia civil que vigilaba la tribuna de Prensa dijo: «Democracia, ¿para qué?, ¿para que sigan matando guardias?» Era el mismo número que antes había estado comentando con diversos periodistas los sucesos y que había reconocido no saber el motivo concreto por el cual estaba allí. Sí aseguró que había llegado hasta el Palacio de las Cortes en un autobús particular en el cual había una placa que decía: «Transporte escolar».

A las ocho cuarenta y siete minutos, instantes después de que llegara a la tribuna de Prensa la secretaria de Estado para la Información, Rosa Posada, que había estado paseando por una sala con su ex marido, el diputado socialista, secretario del Congreso, Leopoldo Torres, un número ocupó el atril de oradores y comenzó a leer un despacho de la agencia Europa Press, en el que se informaba de la situación del Cuartel General del Ejército. Cuando estaba leyendo otra información de la misma agencia, sobre el estado en el Ministerio del Interior, un teniente del Cuerpo ocupó el mismo atril y leyó el comunicado del teniente general Miláns del Bosch, hecho público por Radio Castellón y la Voz de la misma capital.

A las nueve, cuando los periodistas tuvieron que abandonar el hemiciclo, todos los diputados se encontraban en sus escaños. La calma era tensa. El presidente lavilla fumaba nerviosamente. Cuatro números entraron sillas con las que rodearon la mesa central en la que normalmente trabajan los taquígrafos. Uno de ellos volcó una de ellas, de tapicería roja, y comenzó a desguazarla. De pronto apareció de nuevo el teniente coronel Tejero y con voz firme dijo: «Si se apaga la luz todos al suelo. Que nadie se acerque a las puertas. Hay orden de disparar.» Un guardia civil que presenciaba la salida de los periodistas, aseguró que se prendería fuego a las sillas si la luz era cortada. Nadie, sin embargo, quiso confirmar esta impresión.